



Artículo: Entrevista a Leonor Ludlow

Autor(es): Salmeron, Alicia | | Speckman Guerra, Elisa

Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Número: 58

Año: 2000

ISSN edición impresa: 0187-182X

ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Salmeron, Alicia y Elisa Speckman Guerra. "Entrevista a Leonor Ludlow" Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 58 (2000): p. 44-50. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM

<http://hdl.handle.net/20.500.12525/3954>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

Entrevista a Leonor Ludlow

Alicia Salmerón

Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora

Elisa Speckman

Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Desde hace muchos años la doctora Leonor Ludlow forma parte del cuerpo académico de la Universidad Nacional Autónoma de México, primero de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales y más tarde del Instituto de Investigaciones Históricas. A lo largo de este tiempo se ha distinguido como profesora y como investigadora. Pionera en el tema de la historia de la banca, ha promovido y coordinado diversos coloquios, seminarios y grupos de trabajo, de los cuales han emergido relevantes publicaciones colectivas. Además, es una de las fundadoras y principales impulsoras de la Asociación Mexicana de Historia Económica

Queremos comenzar esta entrevista preguntándole cómo surgió su interés por la historia económica y, en particular, por el estudio de los bancos?

Tal vez deba precisar primero que mi interés por los bancos se centra en sus aspectos políticos y sociales, es decir, en su relación con el régimen político y los grupos de poder. Esta inquietud surgió a lo largo de mis estudios de licenciatura, que cursé en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Después de muchos irs y venires, ese interés se definió más claramente durante mi primer intento por realizar el doctorado en París, bajo la tutoría del doctor Ruggiero Romano. En esa época comencé a preguntarme acerca de las relaciones entre la clase política y la clase económica en el México de finales del siglo XIX, pregunta que desde la teoría política me fue imposible responder.

Al regresar a México empecé a impartir cursos de historia en la Facultad de Ciencias Políticas. Esos cursos me permitieron leer y

estudiar numerosos trabajos de autores mexicanos y extranjeros, muchos de ellos publicados durante el auge historiográfico que se presentó entre 1960 y 1980. En el periodo de 1977 a 1990 —años en que impartí, una o dos veces por semestre, las materias del ciclo Formación Social Mexicana—, no sólo aprendí historia de México sino que llegué a entender de forma clara diversos procesos históricos; tuve que hacerlo, pues tenía que explicarlos a jóvenes que no eran historiadores y que cursaban los primeros semestres de todas las carreras que se impartían en esa Facultad. También aprendí algo de historia de otros países, pues me parecía importante hacer referencias al extranjero, sobre todo en las materias que frecuentaban los alumnos de Relaciones Internacionales.

Asimismo, a principios de la década de los ochenta tuve también la oportunidad de acercarme al grupo de profesores del programa de historia de la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, y asistí a conferencias y reuniones de trabajo que

impulsaron algunos de ellos. Por ejemplo, el doctor Carlos Marichal —que acababa de llegar a México— invitó a un par de conferencistas muy buenos: el español Gabriel Tortella y el francés Jean Bouvier, ambos especialistas en temas bancarios, que nos presentaron un panorama de temas y problemas de la historia financiera en sus respectivos países. Ese ciclo sobre temas bancarios, en particular, duró un poco más de una semana y fue muy interesante; de hecho, fue el que más entusiasmó a un buen número de los asistentes, a mí entre ellos. Nos gustó tanto que nos animó a organizar un seminario sobre historia financiera. Y en 1984, junto con Carlos Marichal y con el apoyo de la Coordinación de Humanidades de la UNAM —que entonces dirigía Julio Labastida—, organicé el Seminario de Historia de las Finanzas y del Crédito. Un año más tarde se celebró un coloquio, y las ponencias ahí presentadas se agruparon en el libro de *Banca y poder en México*, que publicó la editorial Grijalbo. En las reuniones del seminario participaron especialistas reconocidos, como Jan Bazant, Moisés González Navarro, Mario Cerutti y Barbara Tenenbaum, además de jóvenes investigadores, varios de ellos pertenecientes a la Dirección de Estudios Históricos del INAH y candidatos al grado de maestro en Historia por la UAM y por la Universidad Autónoma de Puebla. Me gustaría hacer mención especial de una de estas jóvenes: Araceli Ibarra, a quien recuerdo con mucho afecto. Ella participó con nosotros en la primera parte del seminario, pero desgraciadamente falleció.

De forma paralela a esta iniciativa, Carlos Marichal y yo empezamos a tocar puertas para tener acceso a los archivos de los bancos, que entonces estaban administrados por representantes del gobierno. Tuvi- mos la suerte de recibir el apoyo del maestro Fernando Solana, director de Banamex, así como de Pablo Aveyra, que era su director de Estudios Económicos y Sociales. Ellos nos remitieron con el licenciado José

Antonio Bátiz, quien ya llevaba camino andado en la recuperación del archivo de esa institución y quien, amable y gentilmente, nos facilitó esos fondos. Gracias a su apoyo pude elaborar mis primeros escritos sobre la formación del Banco Nacional de México.

En fin, éste es el recorrido que me ha permitido avanzar con fortuna en el campo de la historia de la banca.

¿Podría decirnos si en su condición de mujer historiadora ha encontrado dificultades para abrirse paso en el medio académico?

Los encontré y los sigo encontrando, porque nunca faltan los sentimientos misóginos mezclados con celos y recelos, no sólo entre los hombres sino también entre algunas colegas. Sin embargo, tampoco he enfrentado nunca conflictos insalvables... De hecho creo que, a pesar de todo, pertenezco a una generación afortunada en ese sentido.

Como profesionista, yo formo parte de la generación de los sesenta, años en que se redobló la presencia de las mujeres en la UNAM; en esa época era común en el país, y más aún en los medios académicos, que las mujeres se incorporaran al mercado de trabajo. Las mujeres entramos a trabajar a la Universidad en situación igualitaria a la de nuestros colegas hombres, que no resintieron ni obstaculizaron nuestro arribo, al menos no abiertamente. Además, en la Facultad de Ciencias Políticas tuvimos siempre la misma oportunidad para dar clases, publicar, o asistir a reuniones académicas. Esta situación no cambió cuando me incorporé al Instituto de Investigaciones Históricas, en 1990; y continúa siendo igual hoy en día.

En este punto cabe reconocer la generosidad de la UNAM con las mujeres de mi generación: la Universidad facilitó nuestro desempeño como académicas, sin impedir nuestro desarrollo, al mismo tiempo, como madres y esposas. Claro que nunca faltaron los reclamos o apuros de uno y otro lado: en

la casa parecíamos ser demasiado universitarias —en mi caso, mis hijas Natalia y Jimena exigían mi atención—; y en el ámbito profesional, en el que tampoco podíamos estar de lleno, se nos demandaba la asistencia a reuniones y a otros compromisos... Con todo, insisto, la UNAM ha sido muy generosa con las mujeres de mi generación. Tanto que varias de nosotras hemos contado con el tiempo y todo tipo de apoyo para concluir nuestros estudios de posgrado en años recientes, ya con los hijos adolescentes. Así lo prueban las estadísticas: hay un importante número de mujeres de mi edad que obtuvimos el grado más tarde que las jóvenes de hoy en día.

Entrando al tema de la historia de la banca en el siglo XIX, ¿cuáles considera que son las obras o los autores fundamentales para acercarse a este campo?

Para estudiar la banca en el siglo XIX, así como la moneda y el crédito, es muy útil conocer tanto los escritos y las discusiones de la época como las aportaciones historiográficas recientes. La lectura de los textos clásicos es fundamental, pues sólo así resulta posible ubicar los puntos de discusión, las alternativas de instituciones o de prácticas, las propuestas, etcétera. Me parece también que cada uno de los temas o elementos que componen la mecánica de las operaciones bancarias es producto de un proceso histórico muy prolongado, el cual es necesario conocer aunque sea someramente —aunque, desde luego, hay que evitar el “vicio por los antecedentes”.

Bueno, y ya en relación con la historiografía contemporánea que nos permite acercarnos al tema, creo que las obras más importantes se pueden inscribir en un par de corrientes. Por una parte, la que corresponde a la historia empresarial, desarrollada principalmente por los anglosajones. Por otra, lo que sería ya propiamente la historia bancaria, con aportaciones fundamentales tanto de los historiadores franceses como

de los ingleses y, de forma más reciente, también de los españoles.

Entre los especialistas franceses más destacados en el estudio de la banca habría que mencionar primero a Hubert Luthy —interesado en especial por la banca protestante—, Jean Bouvier, Maurice Lévy-Leboyer y Bertrand Gille, todos ellos con importantes obras, publicadas ya hace años, que revisan el papel del capital financiero de Francia en el siglo XIX, su importancia internacional y sus relaciones con la industria. De manera más reciente, han aparecido además trabajos de Hubert Bonin, Alain Plessis y Louis Bergeron sobre los grupos financieros en Francia y el desarrollo de las empresas en largos periodos.

Ahora, de entre los trabajos de los historiadores ingleses sobre el tema, me parece que los estudios de Rondon Cameron y Charles P. Kindleberger siguen siendo ejemplo y guía de numerosas investigaciones, pues aportan elementos e hipótesis para conocer el desenvolvimiento bancario a través de diversos tipos y esquemas institucionales. Además de ellos, también destacan autores más jóvenes, como Youssef Cassis, con su estudio sobre el comportamiento y composición del universo bancario en Londres, metrópoli financiera del mundo durante el siglo XIX.

Por último, en relación con la historiografía española, habría que mencionar las muy reconocidas y apreciadas investigaciones de Pedro Tedde y, en especial, su historia del Banco de San Carlos, que tuvo particular importancia para las finanzas novohispanas de finales del siglo XVIII. También hay que destacar las tesis y otros trabajos de historiadores como Rafael Anes, Gabriel Tortella, Pablo Martín Aceña y José Ramón García López, por mencionar sólo a algunos.

¿Cómo explicaría usted el hecho de que en Inglaterra y Francia se hayan realizado estudios sobre la banca desde las décadas de 1950 y 1960, mientras que este tema sólo se ha comenzado a atender en años recientes en México?

Me parece que, en buena parte, esto se puede explicar a partir del origen mismo de la preocupación por las instituciones de crédito. Inglaterra y Francia tienen toda una tradición de estudios sobre la industria y, de alguna manera, el interés por la banca ha venido respondiendo a las exigencias propias de esos estudios: los investigadores han tenido que acercarse a los bancos al interesarse en el financiamiento de las empresas, pero también al tratar de explicar la fuerza con que las economías de esos países se proyectaron a nivel internacional. Recuerdo uno de los libros de Cameron acerca de la expansión francesa en una amplia región del Mediterráneo: los empresarios franceses dirigieron sus inversiones hacia muy diversos sectores —exportaciones de bienes e importación de materias primas, expansión de las líneas de ferrocarriles, apertura de empresas manufactureras— y todo esto lo hicieron con el apoyo de los capitales localizados en París. El acercamiento a las instituciones de crédito resultó indispensable para entender ese proceso de la expansión francesa en la región.

En el caso mexicano, en cambio, creo que el interés por la banca arranca más bien a raíz de un esfuerzo por entender una crisis económica reciente: la crisis de los años setenta. Creo que en nuestro país ha predominado, y predomina todavía, el interés por el poder político. Por eso los estudios sobre temas como la banca fueron relegados durante años y todavía conocemos muy poco de su comportamiento económico y social, así como de la trayectoria de sus banqueros. Esta falta de interés coincidió también con el largo periodo de estabilidad financiera, durante el cual los bancos funcionaron bien; pero la situación cambió hace algo más de dos décadas y, desde luego, esto ha llamado la atención de los estudiosos.

¿Qué escuelas de historia económica están en boga hoy en día en México?

En términos generales creo que la historiografía mexicana, incluyendo la de temas económicos, sigue siendo eminentemente empírica, documentalista y bastante cerrada a la literatura extranjera. Afortunadamente, creo que los autores más jóvenes están preocupados ya por situar sus temas en discusiones más amplias que rebasan los límites estrechos de las experiencias nacionales.

En cuanto a la historia económica, en particular, me parece difícil ubicar corrientes. De entrada, habría que decir que el número de historiadores económicos es bastante reducido. Y es claro que aquí, como en otras partes, podemos observar que los autores tienen formaciones distintas y trabajan con métodos diferentes. Por ejemplo, el grupo más pequeño de historiadores interesados en la economía es el de los propios economistas: en forma general, los egresados de esos estudios tienen poco interés por el pasado, lo que es una desgracia, y creo que por ahora sólo tenemos como a cinco de ellos, comprometidos con nuestros temas, desarrollando estudios cliométricos.

A veces se habla de la influencia en México de algunas corrientes de la historia económica en boga en otros países. Se citan mucho, por ejemplo, las tesis del premio Nobel de economía, el historiador Douglas North. Sus propuestas son referidas en coloquios, tanto en ponencias como en intervenciones, pero todavía no conozco ningún historiador que haya aplicado su marco analítico para explicar algún proceso de la historia económica de nuestro país.

La historia económica no es un campo tan reciente en México, ¿cuál es la herencia de nuestros historiadores económicos?

Efectivamente, aunque con sus altibajos, el interés por la historia de la economía en México siempre ha estado presente. Y en primer término es importante reconocer la herencia y la tradición sobre temas económicos que recibimos de los autores clásicos del siglo XIX.

Ya situándonos en el siglo XX, yo diría que este campo fue animado hasta hace poco por dos corrientes: la clásica y la marxista. La segunda está representada por historiadores tan importantes como lo fue Luis Chávez Orozco y por algunos de nuestros maestros, como Enrique Semo y Sergio de la Peña. También aprendimos mucho de las enseñanzas y escritos de Fernando Rosenzweig. Además, habría que reconocer el entusiasmo de algunos profesores por impulsar entre sus alumnos el estudio de los temas económicos y por ir creando una escuela de historia económica en México. Me refiero en especial a Enrique Florescano y a dos destacados historiadores argentinos: Juan Carlos Grosso y Carlos Sempat Assadourian, maestros de varios miembros de la actual generación de historiadores económicos.

¿Cuáles consideras que son las épocas que han llamado más la atención de los historiadores de la economía en México?

Sin duda alguna el periodo colonial ha sido el que más ha llamado la atención. Pero hay que aclarar que no todo el periodo colonial, sino más bien el siglo XVIII; aún sabemos poco del comportamiento de la economía en los siglos anteriores. Por otro lado, hay que señalar que en las últimas dos décadas ha tenido un gran impulso el estudio de la economía del siglo XIX, sobre todo de sus últimos años. Creo que esto refleja el enorme interés de los historiadores económicos por estudiar los momentos de desarrollo y expansión, con el consecuente olvido de momentos de cierta estabilidad o de crisis. Y, por supuesto, el gran vacío es el siglo XX. Es urgente impulsar su estudio, y no sólo en el campo de la historia económica.

Una de las tareas de las nuevas generaciones de historiadores será llenar esos vacíos, preguntarse más acerca de esos periodos... Pero creo que, además de abrirse al estudio de décadas olvidadas, tendrán que tratar de

romper la sobreespecialización en la que ha caído la historia económica en México en los últimos años. Actualmente se están haciendo investigaciones muy interesantes sobre mercados, circulación y procesos económicos en marcos regionales —con nuevos recursos metodológicos y nuevos archivos—, pero creo que faltan interpretaciones desde perspectivas más amplias. Necesitamos fomentar ejercicios de reflexión conjunta que nos permitan apreciar la concatenación de los fenómenos.

Volviendo al estudio de los bancos, en su opinión, ¿cuáles son los principales obstáculos que hay que vencer para que nuevos historiadores se interesen por esta línea de investigación?

Yo diría que primero hay que vencer el temor a la contabilidad. Existe un gran temor entre los jóvenes y futuros historiadores a estudiar la historia de los bancos, porque se piensa que ese trabajo se basa exclusivamente en series y se resuelve sólo con estudios contables, sólo accesibles a los especialistas. Desde luego hay una parte de esa historia que requiere de las series, pero el estudio de los bancos es mucho más rico: constituye un punto de confluencia de la historia económica, social y política.

La historia de los bancos desde una perspectiva social, por ejemplo, comprende el estudio de las elites financieras, de los grupos que ejercen poder económico como los accionistas o los miembros de los consejos directivos de los bancos. Y no se limita a esas elites, también se pueden estudiar redes de intereses económicos más amplias. Las redes se pueden reconstruir a partir de los registros de ahorradores y solicitantes de crédito, y con ellas definir a los grupos económicos de una provincia. Esto lo he podido apreciar con la doctora Carmen Blázquez, al revisar algunos de los volúmenes sobre los antiguos bancos de emisión que resguarda el Archivo General de la Nación y que nos permite ac-

ceder a poco más de dos décadas de la vida mercantil y productiva del país, en un periodo clave como fueron los años finales del porfiriato y el periodo de la lucha armada.

La perspectiva política es también muy importante y, en particular, el estudio de la relación entre el crédito privado y el crédito público. No hay que olvidar que la banca ha tenido a lo largo de la historia un papel importante en la suerte de las tesorerías. Así sucedió con los primeros bancos mexicanos que, a pesar de su carácter provincial, tuvieron funciones que posteriormente serían exclusivas de la banca central: esos establecimientos fungieron como bancos de gobierno, además de ser casas comerciales de crédito. Aquellos bancos le prestaron dinero al gobierno, negociaron la deuda internacional y permitieron poner fin a las demandas de los acreedores de la deuda pública, además de que tuvieron mucho peso en el canje de viejas monedas por nuevas.

El otro gran obstáculo que hay que vencer para avanzar en la historia de la banca en México es el del prejuicio. Se rechaza el estudio de los bancos porque se les ha condenado de antemano: "para qué estudiar a los banqueros —he oído decir muchas veces— si son los villanos del régimen, los vampiros de la sociedad". Si lo son o no, primero hay que descubrirlo. Habría que ser capaces de valorar, por ejemplo, la importancia que pueden haber tenido para captar el ahorro social. Es necesario acabar con los mitos, y más aun si su carácter de "vampiros" de los bolsillos de los ciudadanos es sólo parcialmente cierto.

Para terminar, nos gustaría que nos hablara un poco sobre la gestación y el proyecto del Seminario de Historia de las Finanzas y el Crédito, así como sobre su relación con la Asociación de Historia Económica.

Como mencioné al inicio de la entrevista, el Seminario de Historia de las Finanzas y del Crédito en México comenzó a reunirse

en 1984 y ha tenido un trabajo constante, aunque sus actividades e integrantes han variado a lo largo de estos años. Lo mismo ha sucedido con los apoyos institucionales, pues comenzamos recibiendo de la Coordinación de Humanidades de la UNAM, luego del Archivo General de la Nación y, de 1990 a la fecha, es el Instituto de Investigaciones Históricas el que ha respaldado nuestros trabajos. Con ese respaldo, por ejemplo, hemos podido presentar varias solicitudes de financiamiento al Conacyt. En los últimos años también hemos contado con el apoyo del Instituto Mora, en donde trabajamos de manera conjunta con el grupo de investigación sobre mercados regionales que coordinaba el doctor Jorge Silva. Con ese grupo de trabajo, participé en la organización del coloquio Los Negocios y las Ganancias en México y de él luego se derivó la publicación de un libro que lleva el mismo título.

En este tiempo hemos logrado organizar un buen grupo de trabajo, con una buena relación de camaradería y, en algunos casos, de amistad. Yo diría que el grupo logró esa integración a partir de numerosas horas de discusión dedicadas principalmente al seguimiento de las tesis de doctorado de muchos de nosotros. Discutimos tesis de colegas del Instituto Mora, como las de Luis Jáuregui, Guillermina del Valle y Matilde Souto; también las de compañeros del Instituto de Investigaciones Históricas, como las de José Enrique Covarrubias, Carmen Yuste y María del Pilar Martínez López-Cano; y las de colegas de otras instituciones, como la de Francisco Cervantes de la Universidad de Puebla, la de Mario Trujillo del CIESAS y, más recientemente, la de Aurora Gómez del CIDE, así como la tesis de licenciatura de Aldo Mussachio del ITAM. Espero no olvidar nombres.

Los resultados del seminario han sido variados. Nos hemos reunido cada mes durante varios años para discutir nuestros borradores de tesis o de artículos. También hemos preparado varios coloquios y reunio-

nes, de las cuales han salido varios libros colectivos. Actualmente el grupo sigue trabajando y tenemos dos proyectos. En primer lugar, como hemos hecho hasta ahora, queremos continuar con la presentación y discusión de nuestros avances de investigación. En segundo, queremos trabajar en actividades de actualización —a través de reuniones internas o bajo la forma de un diplomado. En estas últimas nos gustaría incluir no sólo a los miembros del seminario, sino ampliar la invitación a otros historiadores interesados en el tema.

En cuanto a la relación entre el seminario y la Asociación Mexicana de Historia Económica, se podría decir que la idea de crear la Asociación surgió, de alguna manera, de nuestro seminario. Pero la Asociación es fundamentalmente una iniciativa a futuro, que busca agrupar y establecer relaciones con estudiosos de diversos orígenes y formaciones tanto en México como en el extranjero. Y sobre todo, la Asociación es un proyecto que busca promover el interés por desarrollar esta especialidad entre las nuevas generaciones. □

